

PÁJAD DAVID



Publicado por las Instituciones Mikdash Ledavid, Israel

Bajo la presidencia y los auspicios del honorable, *Morenu Verabenu, Ribí David Jananiá Pinto, shlita*

Hijo del Tzadik, experimentado en milagros, Ribí *Moshé Aharón Pinto, zatzal*, y nieto del sagrado Tzadik, experimentado en milagros, Ribí *Jaím Pinto, ziaa*

MASKIL LEDAVID

El servicio a Hashem “a secas” es indeseable

“Reúnanse, y les diré lo que les sucederá a ustedes al final de los días.” (Bereshit 49:1)

La Guemará (*Tratado de Pesajim* 56a) dice que Yaakov quiso revelarles a sus hijos lo que les sucederá al final de los días, pero la *Shejiná* partió de él y no pudo decírselos. No obstante, Yaakov pensó que la razón por la que la *Shejiná* había partido era porque había algún defecto en su “cama”, es decir, en su descendencia; quizá alguno de sus hijos no era apto. En respuesta a su preocupación, sus hijos le dijeron: “*Shemá Yisrael, Hashem, Elokenú, Hashem Ejad*” (‘Escucha Israel, Hashem, nuestro Dios, Hashem es Uno’). Así como en tu corazón no hay sino un solo Dios, así mismo, en nuestros corazones, no está sino solo el Dios Único. Ante esta respuesta, Israel les dijo: “*Baruj Shem kevod maljutó, leolam vaed*” (‘Bendito sea el Nombre de Su glorioso reinado para toda la eternidad’). Hasta aquí, las palabras de la Guemará.

Esto resulta muy extraño. ¿Cómo puede ser que Yaakov Avinu sospechara que quizá alguno de sus hijos sagrados no era apto? ¿Si el Nombre de Hashem estaba intrínsecamente relacionado con ellos, como dice el versículo (*Tehilim* 122:4): “Las tribus de Hashem, un testimonio para Israel!” Y con seguridad, Yaakov conocía a sus hijos y también la grandeza y la importancia que ellos tenían. Siendo así, ¿por qué las tribus tuvieron que demostrarle la aptitud que tenían, al aceptar el yugo celestial con la pronunciación del versículo de la *Shemá Israel*?

Para poder responder a esta pregunta, hay que comprender cuál era el defecto que temió Yaakov Avinu que hubiera en sus hijos. La Mishná dice (*Tratado de Sucá* 29b): “Un lulav seco es inválido”. La Torá nos ordena tomar un lulav verde y fresco; si está seco, ya no se lo puede llamar lulav, y no sería sino un simple palo de madera. De aquí podemos destilar una gran alusión al servicio a *Hashem Yitbaraj*: la persona no puede cumplir las mitzvot “a secas”, sin vida, sin frescor, sin entusiasmo, porque de esta forma el servicio a Hashem es inválido. Es posible que la persona rece las tres tefilot tres veces al día, e incluso que se siente a estudiar Torá todo el día, pero es posible que lo esté haciendo por inercia, por ser la costumbre de las personas; que lo esté haciendo “a

secas”, con pereza, sin entusiasmo de ninguna índole por la santidad. A pesar de que se sienta a rezar y sus labios se mueven, su corazón no está con ella.

Es posible que Yaakov Avinu haya temido que entre sus hijos hubiera uno que fuera así. No le cabía duda de que todos sus hijos eran aptos y puros, y que constituían una descendencia sagrada bendecida por Hashem. No obstante, Yaakov Avinu pensó que si la *Shejiná* había partido de él en ese momento crucial, ello quería decir que quizá a alguno de sus hijos le hacía falta siquiera una ínfima parte de lo necesario para que su servicio fuera completo, y por lo tanto, había algo que ese hijo hacía “a secas”, sin entusiasmo, sin vida, con lo cual quedaba invalidado su servicio. Por eso, sus hijos, las doce tribus, pronunciaron de inmediato la *Shemá*, para demostrarle la aptitud que ellos tenían; y le dijeron a Yaakov que tenía que saber que, así como en el corazón de él Hashem es Único, y él aceptaba únicamente el yugo celestial, de la misma forma, en los corazones de ellos, Hashem no es sino solo Uno y ellos también aceptaban únicamente Su yugo. El servicio a Hashem que ellos realizaban era con alegría y entusiasmo. Cuando Yaakov Avinu escuchó eso, se alegró enormemente y le agradeció a *Hakadosh Baruj Hu*, diciendo: “*Baruj Shem kevod maljutó, le olam vaed*”.

Yaakov Avinu se había preocupado y temido acerca de su propia persona, y dijo que, si hasta su llegada a Egipto él había sido una persona espiritual, sagrada y pura en la Tierra Sagrada —y las brasas sagradas ardían en su interior para cumplir con la voluntad de Hashem—, el descenso a Egipto, un lugar impuro, tenía el poder de enfriarlo en su servicio a Hashem y afectarlo para mal —*jalila*—. Esto podría provocar que él hiciera las cosas “a secas” y fuera frío en su cumplimiento de la voluntad de *Hashem Yitbaraj*, y entonces, dejaría de cumplir las mitzvot con entusiasmo y energía, a diferencia de como lo hacía al principio. Por eso, a su llegada a Egipto y encontrarse con Yosef procedió de inmediato a pronunciar la *Shemá*, y aceptó sobre su persona el yugo celestial. Cuando sus hijos le demostraron la misma predisposición a ser fieles y constantes en el cumplimiento de las mitzvot, y no cumplirlas “a secas”, Yaakov Avinu se tranquilizó.

¿Y cómo podemos alejar de nuestra persona la “sequedad” que invalida el servicio a Hashem? Solo por medio de la constancia en la sagrada Torá. Por eso, aquel que tiene el mérito de establecer tiempos fijos para el estudio de la Torá cada día, aparte de la recompensa enorme que representa la constancia en el estudio de Torá, indudablemente, ameritará despertar en su ser la voluntad de cumplir las mitzvot de Hashem con entusiasmo, calidez y diligencia.

11 de tevet de 5785
11 de enero de 2025

916

Yaij



Hilulá

10 de tevet
Ribí Ezrá Natán de Breslev.

11 de tevet
Ribí Yehoshúa Sharabani.

13 de tevet
Ribí Moshé de Laluv.

14 de tevet
Ribí Refael Meir Panizal,
autor de *Lev Marpé*.

15 de tevet
Ribí Jaím Mordejay Rozenboim,
el Admor de Nadborna.

16 de tevet
Ribí Jaím Kreizwirth.

17 de tevet
Ribí Salman Mutzafi.





DIYRÉ JAJAMIM

El suizo que ganó el premio Nobel

“Vio que el descanso es bueno y que la tierra es agradable, e inclinó su hombro para soportar más.” (Bereshit 49:15)

Suiza es conocida en todo el mundo por sus hermosos paisajes; los Alpes nevados aumentan la gracia de sus paisajes. Suiza es motivo para celo por la tranquilidad hechizadora que sopla en sus fronteras. Sus habitantes residen con el atributo de la paciencia y la calma. Suiza es un país en el que prácticamente no existe la pobreza, y sus habitantes viven con holgura económica y un estilo de vida elevado. De la misma forma, el país está bien basado económicamente, y todo se ve impresionante y seguro.

Polonia y Lituania son dos países fracasados, cuyos habitantes viven en la pobreza y con un estilo de vida muy bajo; sus paisajes no son particularmente bellos o impresionantes; el adelanto tecnológico no se ha hecho presente con la misma rapidez con la que lo ha hecho en otros países. La situación económica está por el fondo y siempre en carencia; todo parece deprimente.

No obstante, ante nuestros ojos tenemos un increíble contraste. Suiza, con toda la tranquilidad y calma de sus habitantes, no ha podido aportar al mundo ningún logro particular. No hay ningún científico reconocido que haya surgido de Suiza; tampoco este país ha aportado al mundo algún logro científico o tecnológico que se le pueda atribuir a algún ciudadano de sus fronteras. ¿Qué aportó Suiza al mundo? Unas impresionantes fotografías que sirven bien como postales o para colgar en la sala. Más que eso, nada.

Lo sorprendente son los países colindantes con Suiza, como Polonia, Lituania y Hungría, países “humildes”. Mientras que en Berlín, los faroles de las calles se encendían con electricidad y el transporte público modernamente motorizado recorría sus calles, en Varsovia, en Vilna y en Lodz, la oscuridad reinaba en las calles por las noches a falta de una red de lámparas eléctricas. No obstante, de estos países, salieron grandes comerciantes al mundo y, salvando las diferencias, también gigantes en Torá del Pueblo de Israel brotaron de estos lugares, como el Gaón, Ribí Eliahu Kramer —el Gaón de Vilna—, Ribí Jaim de Vilna, el Maharshá, el Maharshal de Polonia, el Jatam Sofer, Ribí Akivá Eiger de Hungría, y demás, conformando una

larga lista. Todos ellos crecieron en una terrible pobreza y con falta de medios, con la presión de la incertidumbre de cómo sustentarse día a día.

¿Acaso es posible?

La explicación a este fenómeno la encontramos en nuestra parashá, en la bendición de Yaakov Avinu a sus hijos, particularmente en su bendición a Issajar, al decirle: “Vio que el descanso es bueno [...] e inclinó su hombro para soportar más”. Y todo el mundo afirma que sus palabras se contradicen, pues, si vio que el descanso es bueno, ¿para qué inclinó el hombro para soportar más carga? ¿Cuando uno ve la virtud del descanso, lo primero que hace es reservaciones en un hotel para el fin de semana! ¿Cómo Issajar, al ver qué tan bueno es el descanso, decide aumentar su carga?

Ribí Yerujam, el *Mashguáj* de Mir, nos enseña un gran fundamento para toda la vida, que cambia todo nuestro enfoque acerca del tema tan “solicitado” del descanso. En las naciones del mundo y los pueblos de la tierra, el concepto de “descanso” es sinónimo de ‘vacaciones’ y de ‘libertad de obligaciones’ para poder hacer lo que a uno le plazca, desconectado del yugo del sustento y de los deberes para poder hacer lo que le venga en ganas, sin la menor responsabilidad ni asignaciones.

Pero en lo que respecta a la Torá, el enfoque es completamente distinto. El descanso verdadero de la persona es el yugo que tiene de ‘vida’, un yugo de cercos y de tiempos, de asignaciones desde la mañana hasta el anochecer. Con todo esto, el alma de la persona siente que está haciendo lo que tiene que hacer. Todo aquello llena a la persona de vitalidad y desplaza la sensación de vacío deprimente. Una persona como ésta es una persona tranquila, de espíritu calmo que transmite serenidad.

El verdadero descanso, nos dice el *Mashguáj*, Ribí Yerujam, es el acostumbrar el cuerpo al esfuerzo y al yugo. Y se lo debe acostumbrar realizando precisamente aquello con lo que tanto su alma como su cuerpo se debilitarían en una situación normal, para enfrentar cualquier viento razonable; ¡a eso se llama ‘descanso’! La persona que sabe que puede tolerar cambios en la vida, aun los cambios que hay en cualquier momento, esa es la persona que siente el descanso en su ser (*Shteigen*).



Bamsilá naalé

Pasajes de fe y confianza en Hashem de la pluma de *Morenu Verabenu*, el Gaón, el Tzadik, Ribí David Jananiá Pinto, *shlita*

Por medio de la lengua

Hace quince años, en 5770, en la víspera de Shabat, precisamente en la parashá que nos ocupa, parashat *Vaijí*, mi madre, *aleha hashalom*, había horneado para nosotros una torta especial para Shabat. Después de la cena de Shabat, trajeron la torta a la mesa y yo fui el único que llegó a probarla.

Unos segundos después, llegó mi hija agitada y me dijo que la torta era de leche.

Obviamente, en esos momentos, me embargó una enorme angustia difícil de describir.

De inmediato, como es de suponer, fui a expulsar lo que había ingerido. Después hice una introspección para analizar por qué había tropezado en este pecado inadvertido. Justo esa semana, había tenido el mérito de ascender a la Tierra de Israel. ¿Por qué me había sucedido eso precisamente en esa semana que me encontraba en la Tierra de Israel, y que había tenido el mérito de disertar palabras de Torá en varios *shuirim*, y de atender las necesidades de la comunidad con entrega? ¿Por qué me había llegado a las manos esta transgresión grave de comer leche después de comer carne?

Entonces, recordé que unos cuantos días atrás, había cometido el error involuntario de hablar de forma indebida. Sucedió cuando estaba conversando con mi madre, *aleha hashalom*, acerca de cierto tema, y ella no me había interpretado de la forma correcta, de modo que pensó que le había hablado mal y se ofendió —*Rajmaná litzlán*—. Ella me contó después que por tres días había estado angustiada, e incluso hasta había llorado por ello. En verdad, yo no había tenido la menor intención de ofenderla o de angustiarla con mis palabras —*jas vejalila*—, sino que, simplemente, había habido un malentendido.

No obstante, *Hakadosh Baruj Hu* me reclamó por ello; y esa misma boca que había ofendido a una madre y había herido sus sentimientos tropezó también con la ingestión involuntaria de algo indebido.

Y sé que no olvidaré nunca aquel día en que pequé; me quedó grabado profundamente en el corazón. Pues ¿cómo podía ser que yo, David Pinto, con casi sesenta años a la sazón, transgrediera una prohibición tan grave como la de comer leche y carne juntos a pesar de que fuera involuntariamente?

Sin duda alguna, eso es un mensaje que requiere de meditación.



DEL TESORO

Basado sobre las enseñanzas del Gaón y Tzadik, Ribí David Jananiá Pinto, *shlita*

Lo que los Tzadikim ven con sus ojos puros

El que medita acerca de la parashá notará que se menciona varias veces la palabra “ojos”: “Y los ojos de Israel...”, “de ojos rojos por el vino...”, “si encontré gracia a vuestros ojos...”. ¿A qué se debe?

Cuando la Torá dice que Yaakov ya no podía ver, se refiere solo a la capacidad física de la visión, pues él podía ver muy bien con el ojo del alma, con el espíritu profético. A pesar de que Menashé y Efraim se encontraban en la categoría de Tzadikim, de todas formas, Yaakov vio todo el futuro que iba a suceder, debido a que Yaakov tenía esa visión en perfecta condición. Y debido a que la verdad era la cualidad por cual Yaakov se destacó —como dice el versículo (*Mijá 7:20*): “Das la verdad a Yaakov”—, Yaakov no podía ocultar lo que él había visto con su visión profética, y así dijo: “¿Quiénes son éstos?”, ya que había visto que de la descendencia de ellos saldrían sujetos que adorarían ídolos.

Así mismo encontramos en nuestro sagrado ancestro, Rabenu Jaím Pinto, *záa*, quien en su vejez no podía ver bien, y, a pesar de ello, podía verlo todo con el ojo de su mente. A cada persona que entraba a su casa la llamaba por el nombre correcto.

Recuerdo que hace decenas de años sucedió que mi padre, Rabenu Moshé Aharón Pinto, *záa*, tuvo la necesidad de hacerse un tratamiento en los ojos. Me enteré de que había un oftalmólogo especializado en los padecimientos de los ojos en Manchester, Inglaterra. Llevé a mi padre donde ese oftalmólogo. El taxi que nos llevó hasta allá nos dejó a dos calles de la dirección correcta, ya que no había paso para coches por ese sector, pues era una calle peatonal, de modo que tuvimos que ir a pie.

Lo maravilloso fue que mi padre, quien nunca había estado en Inglaterra, y que no conocía sus calles, al momento que descendimos del taxi, comenzó a andar con diligencia, cabizbajo. Supo perfectamente a dónde dirigirse y por dónde tomar, mientras que yo corría detrás de él, tratando de mantener el ritmo de su paso, a la vez que me sorprendía de cómo él sabía hacia dónde dirigirse.

Cuando llegamos a la casa del médico, mi padre se detuvo y me preguntó simplemente: “¿Es aquí donde vive el médico?”. Y, en efecto, esa era la dirección correcta.

¿A qué se debió que mi padre tuviera tales virtudes? Debido a que se cuidó de lo que veían sus ojos, de no ver lo indebido. Por ello, tuvo el mérito de verlo todo con espíritu profético. Supo llegar a la dirección correcta del médico sin conocer previamente el lugar en absoluto.

Yehí ratzón que tengamos el mérito de cuidar nuestra vista de ver lo que es malo, de ver lo que no se debe, y santificarnos tanto en nuestros actos como en lo que vemos y en lo que pensamos. *Amén veamén.*



PERLAS DE LA PARASHÁ

Reflexiones inspiradoras

El que amerita el título de “hijo del Creador”

“Y llámalo a su hijo, a Yosef.” (*Bereshit 47:29*)

A simple vista, debió haber dicho simplemente “Y llámalo a su hijo Yosef”.

El autor del *Nóam Elimélej, zatzal*, explica: el hecho de que una persona cumpla la Torá, no transgreda las mitzvot, no la coloca obligatoriamente en el nivel de “siervo” de Hashem, que no transgrede las órdenes de su patrón.

Para ser llamado “hijo” del Creador, hace falta hacerse cercos y aumentar en el servicio de acuerdo con lo que la conciencia depurada de la persona le indica, de un nivel a otro.

Eso es lo que quiere decir con “y llámalo a su hijo”; es decir, si quieres saber quién es un “hijo”, la respuesta reside en que es “a Yosef”, aquel que agrega siempre nuevos niveles y cercos en el servicio sagrado.

El orden correcto para evocar los méritos

“Dios, delante de Quien anduvieron mis ancestros, Abraham y Yitzjak” (*Bereshit 48:15*).

Rabenu el *Or Hajaím Hakadosh, záa*, destaca que Yaakov Avinu pidió primero por el mérito de sus ancestros y, luego, por su propio mérito. De aquí, los autores del *Anshé Kenéset Hagedolá* estudiaron el orden de las bendiciones en la *Shemoné Esré*; al principio, es necesario evocar el amor de los ancestros, los sagrados Patriarcas, y después, pedir misericordia y súplicas.

Yaakov Avinu mencionó su propio mérito precisamente con la expresión: “Dios, el que me ve”, para indicarnos que él (Yaakov) se sentía delante de *Hakadosh Baruj Hu* como un cordero delante de su pastor, dispuesto a ir a cualquier lugar que Hashem le indicare que debía ir.

Yosef recuerda siempre el día de la muerte

“Y dijo Yosef a sus hermanos: ‘He aquí que yo muero.’” (*Bereshit 50:24*)

Esto es de extrañar, ¿por qué se le ocurrió a Yosef hablar en tiempo presente y no en tiempo futuro “Voy a morir” o “Estoy por morir”?

Ribí Akivá Eiger, *zatzal*, respondió que con dicho lenguaje Yosef les anunció a sus hermanos que no tenían por qué tener celos ni rencor de él.

Ya dijeron *Jazal (Tratado de Berajot 5a)*, cómo se puede enfrentar a la Inclinación al Mal en cualquier etapa: “Si al enfrentarla, tienes éxito, muy bien; pero si no, dedícate a la Torá. Y si en esto tienes éxito, muy bien; pero si no, recuerda el día de la muerte”.

Es decir, el consejo para arrancar del corazón de la persona la altivez de su capacidad de gobernar sobre todo lo que le plazca es recordar el día de la muerte.

Esto es lo que les dijo Yosef a sus hermanos: “He aquí que yo muero”, en tiempo presente; es decir, él recordaba cada día el día de la muerte, y por medio de ello, adquirió la cualidad de la sumisión.

Y, además, dijeron nuestros Sabios, de bendita memoria (*Tratado de Shabat 152b*), que al hombre que no tiene celos no se le podrirán sus huesos. Según esto, se comprende la continuación de lo que les dijo Yosef a sus hermanos: “Y elevarán mis huesos de aquí con ustedes”; es decir, aun cuando se extiendan los días y los años de su estancia en Egipto hasta que salgan, de todas formas, podrían llevar con vosotros los huesos de Yosef, pues éstos no se habrán desintegrado.

UN ENFOQUE NUEVO SOBRE LA PARASHÁ



La mejor forma de adquirir la Torá es por medio de las dificultades

En el centro del evento de las bendiciones que les dio Yaakov Avinu a sus hijos, aprendemos acerca de la bendición que mereció Issajar: “E inclinó su lomo para soportar”, sobre lo cual Rashí explica que se refiere a soportar el yugo de la Torá.

El Gaón, Ribí Jizkiahu Mishkovski contó:

Una vez, había un joven muy capacitado, con una memoria extraordinaria. Él podía pasar la vista por una hoja entera de la Guemará en tan solo cinco minutos, luego de los cuales se lo podía examinar acerca de todo lo estudiado. Un día, para su sorpresa, el joven, al despertarse, se percató de que había perdido aquella capacidad.

Corrió en busca de todos los Guedolim para que lo bendijeran y le aconsejaron qué hacer para recuperar esa capacidad. Cada cual le dio un consejo diferente, según su criterio u opinión.

No obstante, la respuesta del Steipler, *zatzal*, fue particular. Él le dijo: “¡Yo no te voy a maldecir de ninguna forma! ¡Una memoria fotográfica no es ninguna bendición! El hombre no viene al mundo para ‘fotografiar’; el mundo ya tiene suficientes cámaras fotográficas. ¡Hemos venido al mundo para trabajar, para esforzarnos!”. Sin importar cuánto el joven le lloró y suplicó, el Steipler mantuvo su posición. Se opuso a bendecirlo para que recuperara su memoria fotográfica. “¡Eso es una maldición y no una bendición!”, dijo el Steipler.

Otro joven fue donde el Rosh Hayeshivá, Rav Steinman, *zatzal*, y le contó que tenía problemas en la yeshivá donde estaba estudiando y que quería pasarse a otra yeshivá. El Rosh Hayeshivá le respondió: “¿Tienes problemas, dices? ¿Te resulta difícil? ¡Debes saber que eso es en primera instancia! Cuando no todo anda liso es cuando se tiene el mérito de adquirir la Torá, ¡porque la Torá se adquiere con esfuerzo y sufrimientos! Solo de esa forma, el hombre puede elevarse y crecer en Torá”. Así le respondió a aquel joven, y le instruyó, halajá práctica, que no debía cambiar de yeshivá.

Nuestra generación —así dijo ya el *Jafetz Jaím*—

es una generación mimada. Por eso, son pocos los que ameritan adquirir la Torá. Creemos en una generación en la que todo tiene que andar sobre ruedas, como cada cual quiere, y cualquier problema —aun el más pequeño— nos saca de nuestro estudio. ¡De esta forma, no se puede crecer!

La yeshivá Orjot Torá, en sus comienzos, se encontraba sobre una panadería. Era muy difícil estudiar allí. Había mucho humo, y el agradable olor de lo que horneaban molestaba para estudiar, pues despertaba el apetito. Fuimos donde nuestro Rav, el Rosh Hayeshivá, *zatzal*, y le expusimos nuestra dificultad. El Rosh Hayeshivá nos dijo, elevando la voz: “¿Acaso piensan que la Creación ha cambiado? ¡Así ha sido siempre el sendero de la Torá: pan con sal comerás y agua en medida beberás! Si todo corriera de forma lisa, no se podría tener éxito. ¡Tiene que haber dificultades! Deberían alegrarse de que esas sean las dificultades que tienen y no otras más severas. Torá sin esfuerzo, sin inversión, no ‘anda’”.

“El perro tiene menos de cinco años”

En la misma línea, el Rav Mishkovski nos ilustra lo que fue la figura de Ribí Hirsch.

Lo especial que tenía la yeshivá de Slavodka, Jevrón, era que estaba bajo la supervisión de dos *Mashguijim*: Ribí Meír Jadash y Ribí Hirsch Paali. Ambos se preocuparon de mostrar siempre un buen semblante y poseían buenas cualidades. Ambos *Mashguijim* sirvieron de ejemplo vivo para los alumnos en el tema de invertir en el prójimo: de cómo alegrarlo, cómo ayudarlo, cómo elevarlo. Ellos invirtieron toda la vida en los alumnos de la yeshivá. La casa de Ribí Meír estaba abierta día y noche para los alumnos, quienes entraban, comían y bebían cuanto querían, a toda hora. Ribí Meír incluso les daba las llaves de su casa a los alumnos. No tenía privacidad.

Cuando Ribí Hirsch falleció, fui a dar el pésame

a la familia. Allí leyeron una carta que un judío había enviado por fax en la cual reclamaba: “Se explayaron mucho en las alabanzas de Ribí Hirsch, *zatzal*, acerca de cuánto él procuró acercarse a todo aquel que se le aproximaba; y acerca de cuánto él se anulaba en favor de los alumnos de la yeshivá. ¡Pero yo quiero reclamar! ¿Acaso Ribí Hirsch acercó solo a los que se le aproximaban a él? ¿Acaso él solo se anuló en favor de los alumnos de la yeshivá? Yo estuve postrado en cama en el hospital de Hadasa. Ribí Hirsch no me conocía, pero al verme en angustia, lo que hizo por mí es imposible describirlo con palabras. Me hizo sentir que él no vivía para sí mismo, sino para mí, para los demás”.

A continuación, se relata una de las anécdotas que se contaron acerca de él en la yeshivá de Jevrón. Es difícil determinar si fue cierto o no, pero, por lo general, las anécdotas que salieron de allí son fidedignas.

Una vez, Ribí Hirsch se sentó en uno de los bancos traseros del autobús. En una de las paradas, subió una mujer no religiosa con un perro grande. El conductor le dijo que tenía que pagar un boleto también por el perro, pero la mujer se rehusó a hacerlo. Y comenzó la discusión; las voces se fueron elevando hasta que se hizo todo un alboroto.

El Mashguíaj de la yeshivá de Jevrón no tuvo vergüenza; se levantó desde su asiento en la parte posterior del autobús y fue hasta donde el conductor, y le dijo con una sonrisa: “Pero si el perro tiene menos de cinco años, y por menos de cinco años no se paga boleto”.

En un instante, se bajaron los humos de la discusión. El conductor sonrió, la mujer sonrió, el pleito terminó y el autobús siguió su camino.

¿Qué van a decir? ¿Acaso dirán que es una vergüenza, que es un desprecio? No. Todo aquello no le importaba a Ribí Hirsch. Lo que a él le importaba era decir una buena palabra, y hacer reinar la armonía y la paz entre las personas.



“Prueben y vean cuán bueno es Hashem”

Anuncio importante: *Besiatá Dishmaíá*, los shiurim de *Morenu Verabenu*, el *Admor, Ribí David Jananiá Pinto, shlita*, están disponibles en hebreo, español, inglés y francés

en el sitio web de **Kol Halashón** o llamando directamente al teléfono

+972733-718-144

Para recibir un divré Torá a diario

de *Morenu Verabenu* el honorable *Admor, Ribí David Jananiá Pinto, shlita* - **Envíe un mensaje al número apropiado -**

Francés

+972587929003

Inglés

+16467853001

Hebreo

+972585207103

Español

+541141715555